

ARTE

Tartessos es una nueva galería de arte —otra nueva galería de arte: le deseo suerte— que dirige en Madrid Laura, la nieta de Vázquez Díaz. Es natural que la sombra del viejo maestro se proyecte inevitablemente sobre las primeras exposiciones de esa galería. La primera exposición fue, claro, de Vázquez Díaz, con muy buen criterio. Yo no pude escribir de ella porque en aquellos días no estaba para eso. La segunda exposición es de discípulos de Vázquez Díaz. También está bien, porque vale la pena historiar una huella pedagógica en lo que es parte integrante de la actual pintura española. Pero esa sombra tendrá que ir difuminándose cada vez más en lo sucesivo; en primer lugar, porque una galería vive de su nueva savia, y, en segundo lugar, porque la autonomía estilística está entre las preceptivas más peculiares de aquel gran maestro. Pero creo que eso lo sabe bien Tartessos y será fiel a ese criterio.

LOS DISCÍPULOS DE VÁZQUEZ DÍAZ, en la galería «Tartessos», Madrid.

Ninguno de los discípulos de Vázquez Díaz se parece estilísticamente a su maestro. Creo que eso es lo mejor que se puede decir de la labor pedagógica del gran pintor de Nerva. Por lo que sé —por lo que yo mismo le vi—, su labor magistral entre los alumnos no consistía en imponerles su criterio estilístico, sino en descubrir, alentar y extraer de ellos eso que hay de más personal en cada uno: lo que no tenemos más remedio que llamar *estilo*.

Se trata, por supuesto, de una exposición colectiva. Y eso, para el comentarista, tiene siempre el inconveniente de la heterogeneidad, que es difícil de reducir y comprimir. Allí están representados, por ejemplo, y entre los nombres que ahora recuerdo, Jesús Olasagasti, Rafael Boti, Caneja, Javier Clavo, Juan Antonio Morales, Pepe Caballero, Carlos P. de Lara, Cristino de Vera, Canogar... Son nombres que cuentan en nuestra historia más reciente... El único que recuerda algo, por su

factura, a don Daniel es su hijo Rafael. Parece natural...

Nada hay que los identifique estilísticamente entre ellos. Y, sin embargo, puestos a rastrear, hay algo que, si bien se miran las cosas, parece hacerlos descender a todos de un tronco común: es su dependencia de una arquitectura pre-pictórica; su ligazón a un esqueleto ordenador, su renuncia a entregarse a una especie de «furia española» del pictoricismo cromático no

Caneja es, fundamentalmente, un paisajista. Pero si el paisaje es, en casi todos, como una entrega a lo hiperbóreo en estado virginal, en Caneja es al revés: como un sometimiento del escándalo de la naturaleza a la legislación geométrica. Si, ese Caneja, por lo menos en pintura, es lo menos anárquico que se puede concebir...

Lo de Clavo es radicalmente lo contrario. Se diría que Caneja conoce muy bien el

ciertas brillanteces condecorativas que el retrato puede dar. Ahora, cuando ya parece haber doblado el cabo de su madurez pictórica, ahora es cuando yo lo espero.

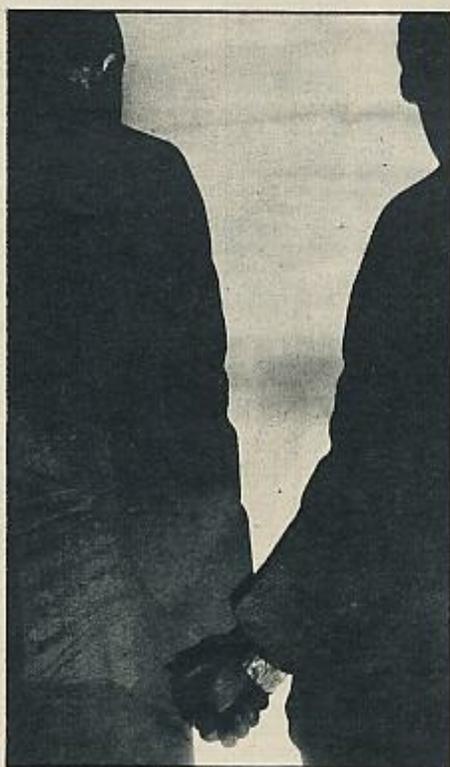
De Pepe Caballero y de Carlos Pascual de Lara he hablado hace poco aquí, en estas mismas páginas. No hablaré de ellos aquí para ahorrar lo más posible el espacio de que dispongo.

Los dos más jóvenes maestros —maestros ya— de entre los que fueron discípulos de Vázquez Díaz son Rafael Canogar y Cristino de Vera. Para uno de ellos —ahora lo recuerdo— el propio don Daniel me pidió que le escribiese una introducción para su primera exposición madrileña. Ya hace tiempo de eso.

Canogar está ya muy lejos de aquella disciplina. Pero ha encontrado su propia disciplina. Yo le conocí cuando sólo había encontrado su propia pintura. Y digo eso porque su capacidad pictórica de enton-

pintura a alguna parte, a la denuncia o a la exaltación. Su compañero de esos días, Cristino de Vera, ha encontrado en la serenidad de la naturaleza, en su «música callada», como diría San Juan de la Cruz, más que una norma una conducta. Tampoco su pintura tiene nada que ver con las prescripciones personales del maestro. El ha ensoberdecido a su pintura y la ha revestido de un cierto tono menor que, a veces, llega a ser emocionante.

No, no tengo tiempo de hablar de los otros expositores, porque quiero dedicar mi espacio disponible para exaltar una cualidad del maestro. Es curioso, todos los que fueron discípulos de Vázquez Díaz guardan de él un recuerdo entrañable. Todos lo consideraron, además de su maestro, un gran maestro. Yo, que tuve la suerte de conocer con cierta intimidad a don Daniel, recuerdo cuánta era la devoción que él guardaba para cada



RAFAEL CANOGAR («La pareja»)

sujeto a un orden...

Creo que Jesús Olasagasti fue mucho más fiel a esa preceptiva en sus primeros años de pintor. Recuerdo ahora el magnífico retrato que le pintó a su amigo y condiscípulo Caneja, que está en el Museo de San Telmo, en San Sebastián. Luego, un cierto desgarramiento no exento de gracia amenizó un poco su retratismo —más mundano que moderno— y lo alejó de las rigideces normativas. En cambio, su amigo Caneja sí heredó del maestro aquella severidad, se alejó de ella por insistir en rigideces aún más extremadas: Vázquez Díaz fue un precubista; Caneja, un poscubista. Entre ambos quedaba el gran movimiento como un punto equidistante. Y eso que

estado libertario de la naturaleza —el paisaje— para poder imponerle mejor la dictadura geométrica. En cambio, Clavo parece conocer mejor las imposiciones normativas para poder destruirlas luego con la anarquía de su torrencial ímpetu pictórico. Porque eso sí que es Javier Clavo: un pintor en estado puro. Conoce la disciplina normativa, pero la conoce para violarla, porque puede. Al contrario que Caneja, que debe saber mucho de un cierto anarquismo pictórico, pero que lo conoce para reducirlo a la obediencia: porque puede, también.

Juan Antonio Morales es un caso parecido al de Olasagasti, pero situado en Madrid. Yo creo que hay en él un pintor, adormilado a veces por



CRISTINO DE VERA («Mujer y puerta»)

ces era torrencial. Parece mentira que eso hubiera podido aprenderlo al lado de Vázquez Díaz, el hombre de la normatividad a toda prueba. Pero a aquello le dio luego algo así como un contenido. Canogar debía saber —y lo supo— que la pintura conduce a alguna parte. Eso es lo que está haciendo ahora: llevando a su

uno de sus antiguos discípulos. Parece más normal lo primero: lo normal parece ser la fidelidad de los discípulos al maestro. Vázquez Díaz, que hizo siempre todo lo posible por comprender a sus discípulos, llegaba a algo que a mí me parece el colmo de la generosidad: era fiel a sus discípulos. ■ MORENO GALVAN.